



Pensar, saber y enseñar entre las generaciones

Hélan Jaworski

Director de Palestra / Presidente de la Comisión Organizadora de la Facultad de Gestión y Alta Dirección de la PUCP

Síntesis: Las nuevas tecnologías han permitido la democratización del conocimiento. Este es un cambio no sólo social sino generacional. Los adolescentes aprenden y maduran con mayor rapidez y se insertan en la vida activa tempranamente. De esta manera nos enfrentamos a una sociedad donde ya no rige la tradicional separación entre juventud, adultez y vejez. Vivimos en un mundo donde coexisten por lo menos seis generaciones activas lo que supone condiciones inéditas y nuevos desafíos.

Palestra ingresa a su segundo año como portal de asuntos públicos y responde a esa esencia. Hace parte de un abanico de esfuerzos de la Pontificia Universidad Católica por acompañar sus tareas de docencia e investigación, abriendo nuevos espacios ciudadanos que llevan la calle y la plaza pública hasta el nivel internacional y global. Esto, mientras ayuda a mantener viva la responsabilidad social en lo que es pertinente a la universidad y al respeto de la ética profesional y los valores de solidaridad y compromiso.

El país, visto desde la Universidad, no es distinto de cómo lo ven el resto de ciudadanos, pero las percepciones, la lectura de retos y oportunidades y los énfasis son diferentes. Desde la universidad, cuya tarea central es la educación, por elección, vocación y mandato, el futuro posible depende de una justa y adecuada transmisión del saber. Tema germinal es la conservación, creación y gestión del conocimiento, tarea ésta que concentra y atrae el interés y la atención de tantos.

¿Cómo educar y lograr que se aprenda, a partir de un conocimiento que, enriquecido por la globalización informativa y habiendo perdido en algunos casos su especificidad local, crece, se expande y renueva a enorme velocidad, haciendo imposible aprehenderlo ni atesorarlo como se creía en el pasado? La revolución educativa contemporánea es vista por muchos como una de aceleración de tiempos, ritmos, procesos y sistemas para adquirir conocimiento.

Saber pensar, sigue siendo la mejor receta

La última afirmación puede generar confusión. ¿De qué conocimiento se habla? ¿Es que el saber es solamente transitorio? ¿Acaso se han perdido todas las certezas, los principios y los valores? ¿Han perdido consistencia el legado de la historia y el saber acumulado por generaciones? ¿Es que todo es relativo y no hay verdades estables?

Esta columna, todo el portal y mucho más espacio se requerirían para proponer una lectura a fondo y un debate sustantivo sobre lo anterior. Es tarea de la Universidad profundizar sobre el conocimiento y la sabiduría, la ciencia y la técnica, la teoría y sus aplicaciones. Su desarrollo y debate está en manos de profesionales que vienen trabajando estos desafíos en sus esencias, filosóficas, lingüísticas, sociales y psicológicas, pero sobre todo en su importancia e impacto sobre las metodologías de enseñanza, no sólo de grado superior sino de todo nivel.

No es reciente una afirmación que constituye un reto y hay que subrayar. Es indispensable que la educación se base antes que nada, en enseñar a pensar. Sería grave confundir transferir conocimiento con dar información (de la que existe un acervo casi infinito) o



limitar la enseñanza al dominio de metodologías, técnicas, destrezas o habilidades. Con la velocidad del cambio, la rápida obsolescencia de las tecnologías, la fragilidad de las lealtades “corporativas”, el empuje de las migraciones geográficas y sobre todo laborales, la oferta incesante de conocimiento factual (aplicado u operativo) y la veloz contaminación de modas y hábitos de trabajo, los estudiantes, gran número de futuros profesionales y muchos ciudadanos corren serios riesgos.

Entre ellos, depender de la vida útil de los programas informáticos, modelos, sistemas, escenarios o estrategias en las cuales fueron formados y asumir que la mejor (o única) alternativa para mantener vigencia hacia el futuro sea desvivirse por acumular actualizaciones, a título de diplomas, maestrías, nuevas licencias u otros estudios. En segundo lugar, vivir en un mundo regido por lo cuantitativo donde lo cualitativo es marginado o pierde sentido cuando la calidad se mide básicamente por indicadores esencialmente numéricos y no por sus componentes intelectuales o éticos.

Mirando al futuro parece razonable que se haga lo que ya está en marcha, introducir correctivos que den mayor peso al aprendizaje basado en casos y proyectos, como formas de documentar nuestra realidad de manera complementaria a los textos y las clases magistrales. Pero además, en un país asimétrico en tantas dimensiones, la convivencia de pasado y futuro en la educación proponen escenarios que obligan a otra reflexión urgente.

¿Quiénes educan? ¿Los ancianos o los jóvenes?

Una tradición legendaria educó hasta hace muy poco, en el saber como patrimonio de las generaciones mayores, de “los ancianos”, apoyada en la larga vida y la experiencia como repositorios del conocimiento acumulado por los años. La suma de ambas, ancianidad y experiencia, eran garantía de la seguridad y adecuación de la enseñanza a impartirse a los más jóvenes.

Con la revolución industrial se modificó el patrón y, aunque con reticencia, las sociedades aceptaron la modernidad y la innovación. El conocimiento disponible en los libros y las limitaciones a su acceso mantuvieron la ventaja del saber a favor de los mayores, hasta que la tecnología, en particular las computadoras e Internet, provocaron una democratización del conocimiento, no solamente social, sino generacional. Al parecer, importantes cohortes de mediana edad, en medios políticos, intelectuales y profesionales, no reaccionaron con la prontitud requerida por estos cambios.

Desde la Universidad, es notorio el impacto que tuvo en los jóvenes la conciencia de su dominio en el manejo informático y comunicacional, hasta crear una clara distancia o brecha con las generaciones precedentes (siempre referencialmente vistos como “adultos”). Este impacto, es evidente en la concepción de sociedad, las relaciones primarias de familia, los diálogos profesor-alumno, los valores de lealtad y amistad directa y el enfrentamiento de la realidad “cara a cara”.

Al mismo tiempo, la conciencia -de poseer y dominar un conocimiento útil y valioso en todos los mercados- se ha convertido en un poderoso mecanismo de afirmación de los sectores juveniles, hacia arriba, hacia sus “mayores”, mientras ellos mismos miran con inquietud lo que sucede con quienes vienen detrás, las generaciones más jóvenes, donde tiene lugar un fenómeno similar, pero con incrementos objetivos debido al acceso más temprano de los hermanos menores a tecnologías siempre “de última generación”, ocasionando un conflicto secuencial de actualizaciones y obsolescencias continuas.



Como resultado, se aprecia en el mundo juvenil (definido entre los 18 a los 35 años) una significativa aceleración en la captación y manejo de técnicas y conocimientos operativos, reputados como de mayor aplicabilidad, y con frecuencia, un menor interés por la formación teórica y por profundizar en el saber abstracto. Esta búsqueda de funcionalidad tiene gran incidencia en los frecuentes cambios de actividades, en la definición de los estudios profesionales, en el atractivo de las nuevas carreras y el número de áreas de conocimiento que se conocen o se intenta dominar.

Aceptando que no existen compartimentos estancos en nuestra sociedad y que las actitudes y comportamientos fluyen entre generaciones aún con un alto grado de “herencia” de arriba abajo y de “contaminación” de abajo hacia arriba, tradicionalmente la diferencia que separaba una generación de la sucesiva se establecía en quince años, lo cual fijando el inicio de la vida activa en los dieciocho años o más, en muchas partes 21 años, y su término en los 60 o 65 años, significaba en un determinado momento la convivencia de un máximo de tres generaciones actuantes.

Ajustando el cálculo a la aceleración en el aprendizaje y la rápida maduración de los adolescentes, conviene rebajar la edad de inicio a quince años, mientras el aumento de esperanza de vida (a pesar de las diferencias por estratos sociales) supone elevar el límite superior a 75, si no a 80 años. Pero a su vez los factores de aceleración ya expuestos aconsejan también reducir a diez años la vigencia de cada generación.

Si lo anterior es válido, nuestra sociedad estaría enfrentando una situación que ya no corresponde a la tradicional separación entre juventud, madurez o adultez y vejez o tercera edad, sino a la coexistencia de un mínimo de seis generaciones activas en forma simultánea, lo que supone condiciones inéditas y nuevos desafíos, especialmente para los educadores, pero también, por razones entendibles, para políticos, animadores sociales, y naturalmente, empresarios, responsables de políticas en el sector público y en general, directivos de organizaciones. Entre estas generaciones quizá se pueda establecer diferencias, por una mayor proclividad y hábito para el análisis, la reflexión y el juicio crítico frente a una mayor facilidad práctica, operativa y comunicacional. Será importante para la Universidad, asegurar que en las organizaciones exista un equilibrio adecuado que evite nuevas asimetrías, esta vez en materia de conocimiento y de saber pensar.